

SANTIAGO ESPINOSA DE LOS MONTEROS



PINTAR SIN PRISA

Perteneciente a una generación que se formó mirando los cómics, Ramiro Martínez Plasencia arrancó hace ya varios años una serie de trabajos en los que atiende a las tramas que les dan estructura al cómic y se deja atrapar por las redes fantásticas de los superhéroes o de los personajes no tan heroicos, con personalidades deliciosamente disfuncionales y caracteres que cabalgan entre lo zoomorfo y lo inverosímil. Estos trabajos dieron cuerpo a lo que ahora nos presenta.



MAXINE

EN AQUELLAS TELAS DE MEDIANO FORMATO, MARTÍNEZ PLASENCIA FUE CAPAZ DE UBICAR A SUS PERSONAJES, BROTADOS DE TIRAS CÓMICAS, COMO SI FUESEN LAS IMPONENTES PINTURAS QUE HABITAN CASTILLOS EUROPEOS.

Algunas de las obras de aquellos años formativos ya anuncian de manera decisiva lo que vendría después. Los espacios en los que están situadas las escenas fueron cuidadosamente contruidos con ortodoxia impecable. Tanto así que la perfección de los espacios, creados para que actuasen en ellos sus personajes, contrasta con aquello que sucede en la tela.

Con una evidente predilección por los pisos de cuadros a la manera de un tablero de ajedrez, Martínez Plasencia hace gala de las fugas, distancias, acercamientos y alejamientos de los actores en escena. En más de una pieza siento composiciones que nacen de la pintura flamenca o, quizá, de las multitudinarias escenas de Uccello. En aquellas telas de mediano formato, Martínez Plasencia fue capaz de ubicar a sus personajes, brotados de tiras cómicas, como si fuesen las imponentes pinturas que habitan castillos europeos.

Y no sólo los puso a “actuar” de la manera en la que sus autores jamás hubieran autorizado, sino que los despojó felizmente de la ñoñería simplona con la que nacieron. Tienen algo de perverso, de malicioso. Son como sus propios álter-egos “reloaded” con esa atractiva marca singular que hace distintas a las personas y a las cosas. El mensaje es muy claro: las series que, si bien nos atraparon e hicieron reír por muchos años, han perdido su vigencia ante un mundo que ya no tiene espacio para lo insípido y lo anodino.

Esa fue la manera de navegar de Ramiro en el pasado. De ahí vino, en su trabajo, una derivación que, a la luz del tiempo, ha dado frutos verdaderamente singulares. Más que continuar con el camino fácil de recontextualizar personajes y dotarlos de temperamentos distintos a los que ya les conocíamos, prefirió establecer una distancia con ellos y, aunque partiendo de muchas de sus actitudes fundamentales, crear seres que fuesen capaces de responder armónicamente a un nuevo entramado de relaciones internas complicadas que se dan entre el propio Ramiro, sus personajes, los argumentos contruidos para ellos y, de manera preponderante, la pintura y el dibujo como plataformas escogidas para desarrollar su lenguaje.

A veces nos sucede que al enfrentarnos a piezas bidimensionales tendemos a preparar nuestra mirada. La aguzamos para desentrañar una historia o armar la propia; interpretar o desechar lo que estamos leyendo; amparar o disentir con el universo contenido en aquello que observamos. Cuando miramos el trabajo de Ramiro Martínez Plasencia, sucede todo esto de manera simultánea.

Sus dibujos, debatiéndose entre una vieja fotografía en blanco y negro y una impresión *vintage*, nos ubican ante situaciones que van desde el engaño al ojo (un *trompe l'oeil* cuidadosísimo), hasta la simple aparente reconstrucción, a manera de muestra, de situaciones tan atractivas como absurdas.

En una de las piezas, un fauno con un mazo está detrás de una mujer en bicicleta. Ella es mitad antigua y mitad contemporánea. La parte superior de su cuerpo ha nacido de una vieja fotografía de principios del siglo pasado; de una sobrina del autor, captada con pantalones de mezclilla, la parte inferior. Sostiene con su mano izquierda un espejo que no la refleja mientras que su semblante, mirando a la lejanía, es la pose característica exigida por los retratistas de épocas pasadas. Ajena por completo a la brutalidad y dinamismo del Fauno detrás de ella, genera con su conducta una disociación que produce desasosiego. Al fondo, dos vacas desatestigan el hecho. Y lo digo así porque su atención está en otra parte. La escena sucede en un espacio abierto. Nada más pasa excepto aquello que miramos. No hay distracciones; tampoco quien pueda dar la voz de alarma... Son dibujos de tardadísima producción. Primero el lápiz, luego las tintas, y al final una delicada acuarela que recuerda las viejas fotos coloreadas. Es como si tendiera puentes en el tiempo.

En otra pieza, un extraño personaje pasea por el lado derecho de la composición. Nos está mirando desde su bicicleta en movimiento. Algo extraño jala nuestra mirada hasta él; su cabeza es desproporcionadamente más grande en relación con el cuerpo que la porta. Una vez más, se trata del cuerpo de su sobrina capturada por la cámara de Ramiro. El rostro, con mueca extraña



y cabello desordenado, es un viejo payaso cuya imagen está publicada en un antiguo libro del siglo XIX y al que, de esta manera, Ramiro hace un discretísimo homenaje. Un personaje de la contemporaneidad recibe un injerto dibujístico: la cabeza de quien no corresponde ni en tiempo ni en actitud. Así despoja a ambos de los caracteres que les definen y da a luz a un nuevo y extraño ser que no hace payasadas ni sólo anda en bicicleta, su nueva rutina es aterradora: nos mira incesantemente. Detrás están lo que podrían ser dibujos aislados, como aquellos de formatos pequeños que ha realizado en otras épocas; sin embargo, al hacer esta suerte de ensamble recrea una de las situaciones más inquietantes en su trayectoria reciente: un hombre yace en el suelo. Da igual que esté descansando o que esté muerto. Ahí está ocupando un lugar y jugando un papel. Una vaca (siempre las vacas...) mira al ciclista como si estuviera protegiendo al niño que está encaramado en una posta haciendo bizcos y jalándose las orejas. Se trata del propio hijo del pintor, a quien tomó como modelo para esta pieza y con lo cual se complementa, sin duda, de manera excepcional una escena inquietante.

Me interesan de manera muy especial *La lección* y *Mascota*, pinturas realizadas en el 2002, donde se conjugan los lenguajes utilizados en las piezas-

homenaje a creadores como Jasper Johns y Dubuffet, y se vaticinan los trayectos que tomaría su producción en los siguientes años. Los émulos de personajes como Superman, quizá el más socorrido por Martínez Plasencia, adquieren un valor simbólico decisivo del que no se despojarán en el resto de las piezas que produciría más adelante. Sin caer en obviedades, conserva el dibujo de apariencia inacabada de seres como los perros humanizados, quienes ahora parecerían ceder su protagonismo a los nacientes hombres de calzoncillos y capas rojas.

En *La lección* (2002), uno de estos perros sostiene distraídamente de la capa a un raquítico personaje supermanizado que está de pie sobre una silla en actitud hipnótica. Una mujer frente a él, de pie sobre una mesa, violenta las leyes de la gravedad y se dispone a recibir al héroe. Al fondo, un sillón vacío nos da la espalda. Quien se siente en él, mirará un misterioso vacío mitad cielo, mitad mar; vastedad indefinida.

Mascota (2002), por su parte, deja al descubierto las relaciones perversas entre los seres que están a punto de desaparecer de la producción de Ramiro y los nuevos héroes que deben soportar que les traigan de un lado a otro sujetados del cuello. Vale destacar la actitud desdeñosa de



los verdugos quienes con sus rostros perezosos realizan un trabajo del que parecería que ya están hastiados.

En adelante, desaparecen casi totalmente los habitantes zoomorfos. Toman su lugar recreaciones de personas en la frontera de la caricatura identificadas, de manera franca y directa, como supermanes o sus derivados, quienes portan las vestimentas idénticas o simplemente las icónicas capas rojas.

La manguera verde (2007) es una de las piezas donde confluyen juegos de perspectivas y escenas desenlazadas entre sí que crean un cosmos de absurdos, como en los sueños, que se unen y generan narrativas cuya incoherencia es preeminente. Una mujer al fondo seca su cabello. Dos hipopótamos (uno de ellos con sostén) acompañan al personaje principal (hermano del autor), quien está sentado en una silla de jardín con su capa roja y avanzando el brazo hacia el espectador. Su mano derecha es sustancialmente más grande que la izquierda, como si fuera vista por un lente ojo de pescado. Junto a él, un extraño perro/persona levanta su brazo y, en un juego que nos recuerda las perspectivas trukeadas de M. C. Escher, sostiene con su dedo a la hipopótamo, quien no se percata de este alarde de fuerza ni tampoco nota que,

RAMIRO MARTÍNEZ PLASENCIA ES UN CREADOR QUE AVANZA LENTAMENTE EN LA CONSTRUCCIÓN DE MUNDOS FANTÁSTICOS.



al fondo de la composición, un gigante con zapato deportivo está a punto de aplastar a un personaje plácidamente sentado frente a unas rocas.

Ramiro Martínez Plasencia es un creador que avanza lentamente en la construcción de mundos fantásticos. Lo inverosímil cobra presencia a partir de las posibilidades de reconocimiento de los personajes que ha escogido. Lo verosímil se desvanece en la confusión de relaciones alteradas que se generan entre cada una de las piezas.

Ya se trate de dibujo, pintura o una cuidadosa mezcla de ambas, su obra se aparta de la vorágine creativa y requiere de un tiempo reposado para esclarecer historias intrincadas. Estamos ante un autor intuitivo que acierta en tanto insinúa. Las conexiones con épocas pasadas de la creación plástica, así como los guiños con otros autores son las referencias que van dando cuerpo a una delicada trama de códigos cifrados.

La fabricación de escenas tan desconcertantes como encantadoras tiene su síntesis en *Ritual* (2009), donde una mujer se apoya graciosamente sobre un estático y corpulento toro Hereford. Ella, con las ropas volando y alzados sus brazos. La bestia, ignorando lo que pasa y quizá lista para avanzar en sentido opuesto a la mirada de la mujer.

A medida que miramos el trabajo pictórico y dibujístico de Ramiro Martínez Plasencia, avanzamos en un campo aparentemente terso y sin peligros evidentes. Ignoramos que, a unos cuantos centímetros de nuestro pie, está escondida bajo tierra una mina explosiva que arrasará el orden de lo que vemos y cambiará el sentido de lo que contamos. ☞